

# O irmán de Curros Enríquez en Bos Aires

No volume da súa novela *La risa de Dios*, ademais da novela propiamente dita, incluíu Costa Figueiras varias crónicas baixo os títulos de “Puntos de mira” e “Narraciones”. Reproducimos agora un destes textos, correspondente á sección “Puntos de mira”, no que se relata como o autor se atopou co irmán de Curros en Bos Aires.

## Contidos:

- COSTA FIGUEIRAS, José: *La risa de Dios*, Bos Aires: Talleres tipográficos de Virgilio Guerra, 1913, p. 137-141.



**CONSELLO DA CULTURA GALEGA**

Arquivo da Emigración Galega

## CURROS

Fué en la plaza de la Constitución. Frente al gran edificio de la Compañía del Ferrocarril yérguese un chalet diminuto, de apariencia artística. Allí instaló el Municipio la oficina recaudadora de impuestos. Plúgole un día al Intendente, investir mi personalidad humilde con los atributos de recaudador. De entonces acá, nada hay para mi tan respetable como los deberes del cargo. Asisto puntualmente. Cobro puntualmente. La cobranza del sueldo constituye un deber ineludible.

Una tarde, a poco de llegar a la flamante oficina, por virtud de mis atribuciones hube de actuar como protagonista en una escena asaz interesante para cuantos en Galicia vieron la primera luz. Un revisador municipal, detuvo a las puertas de la estación a un hombre de recia contextura, portador de una pequeña canasta de huevos. El hombre no había pagado el impuesto de abastos a que la ordenanza le obliga. Tratásase de una infracción insignificante. El infractor había procedido con absoluta buena fe. Ignoraba la existencia de los Consumos en la Argentina. No llevaba en el país sino dos meses escasos de residencia. Parecióle absurdo abonar la multa de cien pesos de que hablábale el revisador. Allá se fué junto al superintendente de Mercados. El superintendente confirmó una vez más su fama de justiciero. Redujo a tres pesos la multa.

El hombre de la canasta regresó a la plaza de la Constitución. Entregóme la orden del superintendente. Al compulsar su nombre con el estampado en el parte del revisador, vi que no coincidían.

—¿Se llama usted Andrés Fernández?— pregunté.

Con acento marcadamente galaico me replicó:

—No, señor. Me llamó Andrés Curros. Soy hermano de Curros Enríquez.

Le miré atentamente. No podría describir la impresión que aquel nombre ilustre, pronunciado por el hombre de la canasta, produjo en mí. Dudé al principio. Mas la duda fué de corta duración. Andrés Curros mostróme documentos fehacientes. No pude menos de convencerme. Era, en efecto, aquel que me hablaba hermano del más grande hombre que Galicia tuvo.

Nada supe que decir. Durante un buen rato no hice sino cavilar en tan extraña coincidencia. ¡El hermano del sublime autor de “O Divino Sainete”, perseguido en plena calle por un prosaico revisador harto celoso!... ¡Uno de los allegados de quien supo cincelar poema tan inimitable como “A virxe d’o Cristal”, acusado en Buenos Aires de haber cometido el “enorme” delito de no pagar el impuesto de varias docenas de huevos!...

Desvanecido mi estupor, hablamos. Me contó su pequeña odisea. Andrés Curros posée en Celanova algunos bienes de fortuna. Allí vivía hasta dos meses ha. Hace algún tiempo tres de sus hijos embarcáronse en Vigo con rumbo a Buenos Aires. El padre lo supo cuando ya los fugitivos avanzaban a través del mar... El disgusto de Andrés fué enorme. Desde entonces huyó la tranquilidad de su ánimo. Poco a poco se fué arraigando en su mente la idea de emigrar también, de venir en busca de los suyos. Tal

pensamiento púsolo al fin en práctica. Andrés Curros desembarcó dos meses después en la dársena del Norte.

Para llegar hasta sus hijos guióse aquí por los indicios que traía. El éxito coronó sus pesquisas. Junto a la estación farrocarrilera de Donselar, en el establecimiento de campo del filántropo señor Guerrero, halló ventajosamente empleados a sus tres hijos el hermano del excelso cantor de las bellezas galaicas. Al hablar del señor Guerrero hizolo Andrés Curros en términos vehementes, expresivos de una gratitud sincera. Elogios sin cuento merece en verdad tal señor por la protección desinteresada que a los deudos de Curros prestó. En su soberbia granja agrícola, encontraron bondadosa hospitalidad los allegados del augusto poeta galaico fenecido en Cuba. El propio Andrés Curros disfruta hoy de un bien retribuido empleo al aldo de su tres vástagos, en la casa del propietario de la hermosa finca de Donselar.

Andrés Curros no piensa permanecer mucho tiempo en la Argentina. Allá en Celanova espéranle sus fincas, sus afectos, sus remembranzas... Espera convencer a sus hijos aquí radicados para que le acompañen también. La “morriña” contribuirá a restituir a la patria de origen, a esos cuatro hombres que heredaron la honra de poder lucir el glorioso nombre de Curros. Al hablar de Galicia hizolo Andrés en tono nostálgico. El nombre de la tierra pareció evocar en su mente la visión de su infancia tranquila, feliz, ignorada... Yo recordé mientras le oía el inquieto vivir del gran poeta, sus amarguras, sus encontronazos con la fatalidad...

Es Andrés Curros un hombre de talla mediana, de semblante expresivo. En sus ojos parece brillar el fuego purificador de la raza. Un fino bigote negro imprime a su rostro indefinible apariencia marcial. Su color es moreno, más bien cetrino. Adivínase en él al buen hijo de Galicia, amante del campo, curtido por el sol. Al despedirse de mi me estrechó la mano con firmeza. Fué su ademán el de un hombre templado en el trabajo, devoto de la lealtad, de la honradez... Yo, le vi alejarse con pena. Me acordé de su hermano, del emigrante augusto, muerto lejos de su adorada patria diminuta. Pensé de la deuda que aún tiene Galicia, con la memoria del más preclaro de sus hombres... De aquel que murió en la emigración olvidado por los suyos; de aquel que llevaba un mundo de ideas en la frente, un sepulcro de ilusiones en el alma...